U letras

Un místico italiano del Siglo XIII

Iacopone da Todi

por Alaíde Foppa

La literatura italiana no se inicia, como la española, la francesa y la mayor parte de las literaturas, con la épica. El sentimiento de orgullo —si no nacional, caballeresco, religioso, monárquico, o derivado de cualquier forma de exaltación heroica— le es ajeno. El primer documento de la literatura italiana es un poema místico, el Cántico de las Criaturas, de San Francisco de Asís, y la primera corriente original que se manifiesta es la de la poesía mística de inspiración franciscana. Es verdad que paralelamente nacía, en la pequeña corte de Sicilia, una lírica amorosa y cortesana; pero mientras ésta deriva directamente de la ya muy elaborada poesía provenzal, la poesía mística de los frailes del siglo XIII, elemental, ingenua, realista y dramática, habla con sus propias palabras. Dentro de esta corriente, no muy rica en invención ni en variedad, Iacopone da Todi, es decir fray Jacobo, originario de la ciudad de Todi, es la personalidad más vigorosa y poética.

Jacobo Benedetti nació unos cincuenta años después que San Francisco (1236); entró tardíamente a la orden y podría decirse que participa del espíritu franciscano en su forma desviada. Mientras el "juglar de Dios" canta a las criaturas para acercarse al Creador y proyecta sobre el mundo medieval su mirada sonriente (al punto que ha podido ser considerado como un antecesor del Renacimiento), la voz del patético Iacopone arranca lamentos de su alma contrita y solitaria, y niega, para entregarse a Dios, todo humano goce de los sentidos.

En 1260 pasaron por la ciudad de Todi los "Flagelantes", esa secta franciscana (poco después censurada por la Iglesia) que predicaba una activa penitencia y se infligía voluntario suplicio. Entoces Iacopone, muchacho de veinticuatro años, no era fraile y nada parecía inclinarlo a aquellos excesos. Era un joven de la pequeña nobleza, había estudiado leyes en la Universidad de Bolonia y algunos años después se casaría con Vanna, hermosa doncella, hija de los condes de Coldimezzo. Es decir que no fue arrastrado entonces por el fervor o el furor sombrío de aquellos penitentes; sin embargo, debe haberle impresionado tal forma de expresar el amor, ya que, en el momento de la crisis, las palabras que encuentra lo vinculan al más áspero ascetismo.

La crisis la provocó, según dicen las crónicas, la repentina muerte de la joven esposa, a un año de distancia de la boda; y el episodio parece en sí mismo uno de esos apólogos caros a la Edad Media en los que la acción de la Providencia se manifiesta para señalar dramáticamente lo frágil de la condición humana y lo efímero de sus vanos goces. En medio de una pública fiesta, se derrumba el palco donde Vanna se hallaba y, entre tantos, sólo ella muere. También cuentan los primeros biógrafos de Iacopone que lo que conmovió profundamente su alma fue el descubrir que Vanna escondía un cilicio bajo su rico traje de gala. Verdad o leyenda lo cierto es que la vida de Iacopone cambia fundamentalmente desde ese momento, aunque sólo diez años más tarde entre a la orden franciscana, y sólo como fraile laico.

Tampoco fue Iacopone un místico alejado totalmente de la vida pública, ya que participó activamente en la política ruda y confusa de la época, como adversario —al igual que Dante— del papa Bonifacio VIII, y sufrió por ello la excomunión y la cárcel. Fue liberado en 1303 por Benedicto XI, y murió en 1306, la noche de Navidad.

La poesía que nos ha quedado de Iacopone da Todi pertenece toda a la época de su vida ascético-mística, pero es fácil percibir en ella diferencias de inspiración, que va del ascetismo más cruel hasta la más libre expansión del alma enamorada. El espíritu de los "Flagelantes" se manifiesta cuando, en su deseo de mortificación y expiación, Iacopone pide para su cuerpo todas las enfermedades:

O Signor, per cortesía,
Mandame la malsanía!
A me la freve quartana,
La contina e la terzana,
La doppia cotidiana
Colla grande idropesía...[1]

y tras enumerar el repertorio de los males conocidos en su tiempo, implora los flagelos de la naturaleza, como:

Gelo, grandine, tempestate,
Fulguri, troni, oscuritate...[2]

Pero también reconoce que su alma ha enloquecido de amor y necesita que el mismo Dios, que es el orden por excelencia, le ponga un freno.

Es probable que pertenezcan a la última época de su vida aquellas "laudes" menos ascéticas y más profundamente amorosas, como la que empieza:

O iubilo del core,
che fai cantar d'amore![3]

También es posible que el joven Iacopone haya escrito poesía de amor, como la que se escribía en Bolonia y se afirmaría en Toscana con el mismo Dante, quien le dio su definitivo y poético nombre: "Dolce stil nuovo". Papini, en su sólo iniciada *Historia de la literatura italiana,* sostiene esta hipótesis basándose en la semejanza de las expresiones místicas de Iacopone con las de la poesía amorosa de la época. Pero tal semejanza no es peculiar de la poesía de Iacopone ya que el amor, cualquiera sea su forma o su destino, suele expresarse con las mismas palabras y manifestar los mismos impulsos: alabanza del amado, entrega, deseo de sacrificio, renuncia por el amado, etc. Pero son válidos, para suponer una poesía anterior, los argumentos psicológicos, ya que parece más que probable, que, a la hora de aborrecer el amor sexual y ver en la mujer a la gran enemiga del alma, Iacopone no haya querido conservar ningún recuerdo de lo que sintió y posiblemente escribió en su juventud. Así pues, si existió tal poesía, fue destruida por su mismo autor.

Las expresiones amorosas de la poesía de Iacopone están sin duda influidas por la poesía provenzal toscanizada, pero, de las mismas fórmulas que él usa, se nutrirá en Europa la lírica amorosa durante varios siglos; y también la poesía mística. Todo

[1] "Señor, por cortesía, / mándame la enfermedad! / Para mí la fiebre cuartana, / La continua y la terciana, / La doble cotidiana / y la gran hidropesía."

[2] "Hielo, granizo, tempestad, / Rayos, truenos, obscuridad."

[3] "Oh alegría del corazón, / Que haces cantar de amor!"

ese juego de los conceptos de amor y muerte, vida y muerte, gozo y muerte, que alcanzará sublimes expresiones en San Juan de la Cruz o en Santa Teresa, está ya implícito en muchos versos de Iacopone, como:

"Ch'io gusti morendo la vita", o en expresiones como "muoio vivendo", o "il cor che tu non pasci vive morto".[4]

Pero lo más original y conmovedor de esta poesía lo encontramos en otra clase de "laude", en esos poemas dialogados que, recitados en el atrio de las iglesias, poseen ya las características de las representaciones sacras, de donde nace un gran sector del teatro medieval. El más hermoso poema de Iacopone en el "Llanto de la Virgen", cuya traducción aparece en estas páginas. Aquí no encontramos ni la negación del amor, ni la elaboración un tanto conceptual del tema amoroso. Las palabras de la Virgen son un grito desgarrado. La silenciosa y hierática madre de los evangelios es aquí una mujer que prorrumpe palabras atropelladas, que repite incansablemente, ante la terrible e injusta condena, la sola palabra que llena su corazón: hijo, hijo, hijo. Mientras todo el proceso de la Pasión se ajusta al relato evangélico, la figura de María se identifica plenamente con la figura humana de la madre, con una madre del pueblo que dice su amor y su dolor con sencillas palabras cotidianas: las mimosas palabras dirigidas un día al hijo niño, o las expresiones lastimeras con las que pide piedad. Y este carácter inmediato y popular es lo que confiere a la "laude" su valor poético y altamente dramático.

Pocos años antes, también Gonzalo de Berceo escribía un "Duelo de la Virgen en el día de la Pasión de su Hijo"; y escribió "loores" y "milagros" de Nuestra Señora —la devoción mariana es típica del siglo XIII—; pero mientras Berceo no deja de ser un narrador prolijo, amable, devoto, que sólo agrega al relato tradicional algún toque de sabroso realismo popular, Iacopone, animado de su profunda capacidad de sufrir, o, por decirlo así, de su vocación para el dolor, le introduce el ardiente e impetuoso soplo de la pasión humana.

[4] "que yo disfrute, muriendo, la vida"; "vivo muriendo"; "el corazón que no alimentas vive muerto".

Llanto de la Virgen

Nuncio

Mujer del paraíso,
Mujer del paraíso,
Que han prendido a tu hijo,
Jesucristo bendito.

Corre, mujer, y ve
Que le pega la gente,
Y creo que se muere,
Tanto lo han flagelado.

María

¿Y cómo podría ser,
Si nunca hizo locura,
Cristo esperanza mía,
Que lo hayan apresado?

Nuncio

Señora, lo vendieron,
Judas lo traicionó,
Y por treinta monedas
Hizo ese gran mercado.

María

Acude, Magdalena,
Me atosiga la pena;
Cristo, mi hijo, me deja,
Como estaba anunciado.

Nuncio

Mujer, ayuda, acude,
A tu hijo ahora le escupen,
Y lo lleva la gente,
Y a Pilatos lo han dado.

María

¿Cómo vas a dejar
A mi hijo atormentar,
Te lo puedo mostrar,
Sin razón acusado?

Pueblo

¡Crucificadle ya!
Hombre que se hace rey,
De acuerdo a nuestra ley,
Contradice al senado.

María

Por favor, escuchad,
En mi dolor pensad,
También puede mudar
Lo que habíais pensado.

Nuncio

Sacan a los ladrones,
Serán sus compañeros.

Pueblo

De espinas se corone,
Ya que rey se ha llamado.

María

Ay, hijo, hijo mío, hijo,
Hijo, amoroso lirio,
Hijo, quién aconseja
Mi corazón cuitado?

Hijo de alegres ojos,
Hijo que no respondes,
Hijo, por qué te escondes
Del pecho en que has mamado?

Nuncio

Señora, he aquí la cruz,
Que la gente conduce,
Donde el sol verdadero
Hoy será levantado.

María

Oh cruz, ¿y tú qué harás?
A mi hijo sostendrás?
¿De qué lo acusarás,
Si no tiene pecado?

[Traducción de **Alaíde Foppa**]

Nuncio

Corre, llena de duelo,
Que a tu hijo lo desnudan.
Y es lo que quiere el pueblo
Que a la cruz sea clavado.

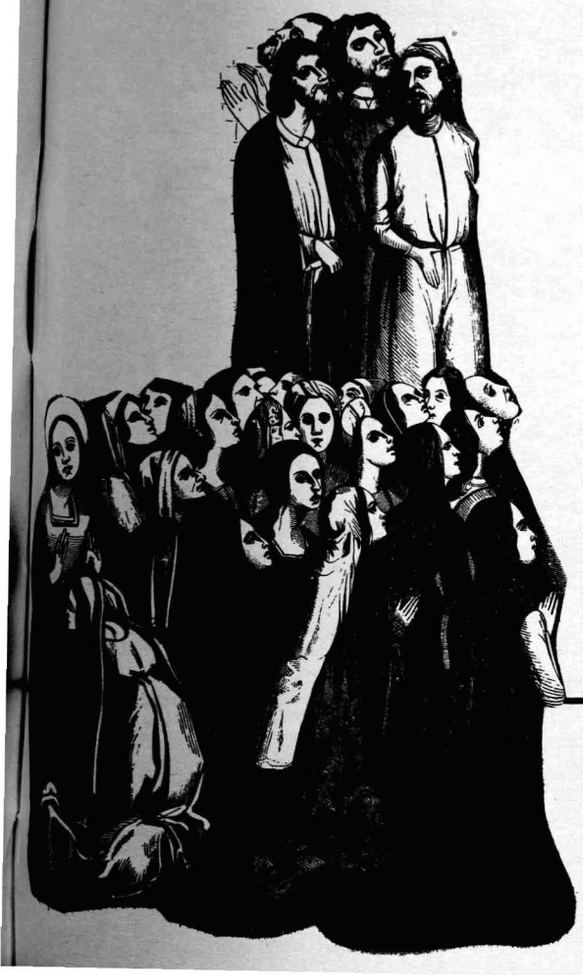
María

Si lo habéis desvestido,
Dejad que yo contemple
Cómo lo habéis herido
Y todo ensangrentado.

Nuncio

Mujer, su mano presa
Y en la cruz extendida,
El clavo la ha partido,
Tan hondo lo han clavado.

Y también la otra mano
Sobre la cruz extienden,
Y su dolor se enciende
Así multiplicado.



Mujer, los pies le toman
Y al madero los clavan.
Le abren las coyunturas,
Lo han desconyuntado.

María

Y yo empiezo mi duelo.
Hijo, tú, mi consuelo,
Hijo, ¿quién te da muerte,
Hijo mío delicado?

Mejor hubiera sido
Sacarme el corazón,
Y en la cruz ya partido
Estaría colocado.

Cristo

Madre, ¿por qué has venido?
Mortalmente me hieres,
Y tu llorar me turba
De tan desesperado.

María

Lloro y tengo motivo,
Hijo, padre, marido.
¿Quién es el que te ha herido?
¿Y quién te ha desnudado?

Cristo

Madre, ¿por qué te quejas?
Yo quiero que te quedes
Sirviendo a los amigos
Que en el mundo he dejado.

María

Hijo, no digas eso.
Morir quiero contigo
Mientras me reste aliento
Me quedaré a tu lado.

Que en una sepultura,
Hijo de madre oscura,
Unan su desventura
Madre e hijo llagado.

Cristo

Madre, muy afligido,
Te pongo entre las manos
De Juan mi predilecto.
Hijo será llamado.

Y aquí está, Juan, mi madre,
Con caridad acéptala,
Y ten piedad, que tiene
El corazón quebrado.

María

Hijo, se me va el alma,
Hijo de la extraviada,
Hijo de la olvidada,
Ay, hijo envenenado.

Hijo, blanco y rosado,
Hijo, a ninguno igual,
Hijo en quien me apoyaba,
Hijo, ¡tú me has dejado!

Hijo mío blanco y rubio,
Hijo, rostro jocundo,
Hijo, ¿por qué así el mundo
Hijo, te ha despreciado?

Hijo, tan placentero,
Hijo de la doliente,
Hijo dulce, la gente
¡Cómo te ha maltratado!

Ay, Juan, mi nuevo hijo,
Ha muerto ya tu hermano.
El cuchillo he sentido
Que fue profetizado.

Mató a madre e hijo,
Por dura muerte heridos,
Que en un mismo tormento
Aquí se han abrazado.